LUIS LEANTE

# El collar de Cleopatra

JUSTINO LUMBRERAS

edebé

# JUSTINO LUMBRERAS

edebé

LUIS LEANTE

# JUSTINO LUMBRERAS

## El collar de Cleopatra

edebé

© Luis Leante, 2013

© Edición: EDEBÉ, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte
Diseño de la colección: BOOK & LOOK

ISBN 978-84-683-0818-0
Depósito Legal: B. 881-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# ÍNDICE


1. La reina del Nilo . . . . . 7
2. Cuestión de amor propio . . . . . 27
3. Todos son sospechosos . . . . . 47
4. Una invitada especial . . . . . 65
5. Silencio, se rueda . . . . . 79
6. La maldición de Cleopatra . . . . . 95
7. Cleptómano, pirómano y melómano . . . . . 113
8. Un safari en el Parque Central . . . . . 133
9. Caso resuelto… a medias . . . . . 149
10. La vendedora de periódicos . . . . . 159
11. Operación Cleopatra . . . . . 175
12. La huida . . . . . 191
13. Día de descanso . . . . . 207

# LA REINA DEL NILO

La ciudad de Alejandría se había lanzado a las calles para celebrar un acontecimiento extraordinario. Cientos de personas se concentraban delante del palacio de la reina Cleopatra. ¿Cientos? No, miles. Miles de personas se concentraban en la inmensa explanada que había frente al palacio de la reina del Nilo. La gente gritaba con entusiasmo: unos cantaban himnos, otros vitoreaban a Cleopatra VII.

Cuando la reina apareció en lo alto de la escalinata, el griterío se hizo ensordecedor. Los cientos, es decir, los miles de curiosos tenían los brazos en alto y los movían como si fuera una danza ensayada. Algunos llevaban ramas de olivo y las agitaban para celebrar la presencia de la joven reina. Hacía tiempo que en Alejandría, la ciudad de los mil palacios, no se veía un espectáculo semejante.

La razón de tanto júbilo era la llegada de Julio César. En Egipto todo el mundo sabía quién era Cayo Julio César: el que sometió toda la Galia (o casi toda); el que cruzó el Rubicón (un pequeño riachuelo que en enero bajaba seco); el que dijo *alea iacta est* (o eso dicen que dijo); el general de todos los ejércitos romanos, etcétera, etcétera, etcétera. Incluso los niños sabían quién era Julio César: el que aparecía en el reverso de las monedas, con su gran nariz y su corona de laurel. Por eso, grandes y pequeños madrugaron aquel día: para maquillarse y elegir la peluca adecuada; para ponerse aquellos vestidos *made in* China; para aclamar a su reina y al más importante de todos los romanos.

Cleopatra contemplaba a su pueblo y saludaba con la mano izquierda, aunque le habían insistido en que lo hiciera con la derecha. La reina era bella, realmente bella. De su cuello colgaba un collar de piedras preciosas engastadas en oro: diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas. Era difícil no fijarse en aquella joya.

Cerca de Cleopatra, unos pasos atrás, estaban los sabios de Alejandría, los sacerdotes, los esclavos; todos pendientes de los gestos de la joven. Si ella miraba a un punto, las miradas de su séquito se clavaban allí. Era necesario anticiparse a los deseos de la reina. Más de

uno había sido azotado o había sufrido destierro por no hacerlo.

De repente, la reina vio aparecer al fondo de la explanada la carroza que transportaba a Julio César. Sin embargo, no alcanzó a distinguir al general. Hacía días que por el ojo izquierdo veía peor que por el derecho. Estaba deseando que la ceremonia terminara para solucionar el problema. Además, le dolían las plantas de los pies y sentía un pequeño tirón en el gemelo izquierdo. «Si supiera la gente lo que hay que sufrir para llegar a donde yo estoy», pensó Cleopatra.

La carroza era enorme. El pueblo abrió un gran pasillo para dejarle paso. Julio César, en lo más alto, parecía un muñequito. Tiraban de ella dos elefantes que movían las trompas y las orejas al compás. O quizá fueran elefantas. Ese detalle no estaba aún claro. Los paquidermos se detuvieron al pie de la escalinata, obedeciendo la orden del hombre que los conducía. Los curiosos que estaban en primera fila retrocedieron asustados (o fingiendo que se asustaban) por el tamaño de los animales.

Alguien, discretamente, le indicó a Cleopatra que sonriera. Mantener la sonrisa era lo más difícil; sobre todo, cuando lo que de verdad le apetecía era ponerse a gritar y mandar a todos al cuerno. No obstante, hizo un esfuerzo y mostró su dentadura blanqueada. Avanzó

tres pasos cortitos hasta colocarse en el borde del primer peldaño de la escalinata. Un esclavo la acompañaba con una sombrilla, a pesar de que no hacía mucho sol. Todo estaba calculado: tres pasitos cortos de Cleopatra y un pasito largo del esclavo, que debía apartarse un poco para que César viera desde la distancia el rostro de su amante. Cada uno sabía al dedillo lo que debía hacer. Sin embargo, la reina del Nilo dio cuatro pasitos cortos, en vez de tres, y cuando quiso rectificar la posición se desequilibró ligeramente. Se mantuvo erguida con cierta dificultad, pero pisó la capa de dieciséis metros que la seguía a todas partes. Se inclinó entonces hacia un lado; luego, hacia el otro. Cleopatra buscó un punto de apoyo para recuperar el equilibrio, y lo único que encontró fue el hombro del esclavo que sostenía la sombrilla al borde de los escalones. Era un esclavo adolescente, quince o dieciséis años tal vez, que al sentir el peso de su reina se puso nervioso y se apartó ligeramente. Cleopatra se desequilibró un poco más, y otro poco más.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó al esclavo sin mover los labios, como una ventrílocua que no quiere perder la sonrisa—. ¿Te quieres estar quieto, puñetero?

El esclavo se puso más nervioso aún. Era la primera vez que la gran Cleopatra le dirigía la palabra, aunque

no se dignara a mirarlo. La reina se apoyó en el hombro del esclavo.

—Pesa usted mucho —dijo el joven.

La mujer había perdido la sonrisa. Ahora miraba al esclavo descaradamente, saltándose el protocolo.

—¿Me estás llamando gorda?

—No, señora.

—Señorita, si no te importa, guapo.

Cuando Cleopatra dejó caer todo su peso sobre el esclavo, el chico perdió el equilibrio. Dio primero un pasito atrás y luego dos adelante. Al dar el tercero, rodó por los escalones. No fue una caída aparatosa, pero lo suficiente para que todos pensaran que se había roto algún hueso. Las ropas del esclavo se rasgaron y bajo su túnica apareció un extraño ropaje de rayas rojas y blancas que pertenecía a otra época, seguramente al futuro. Se oyó una voz atronadora que parecía bajar del cielo.

—¡Coooooooooooooooooorten! ¡Corte, corten!

La voz sonaba furiosa, violenta.

—¿Se puede saber qué lleva el esclavo debajo de las ropas?

Era la voz del director que, con el megáfono en la mano, corría hacia el pie de las escaleras. Cuando llegó a la altura del esclavo, le faltaba la respiración.

—Es la camiseta del Atlético de Madrid —respondió el muchacho con la voz entrecortada por la vergüenza.

El director de la película empezó a tirarse de los pelos. Lanzó el megáfono por los aires y a punto estuvo de descalabrar a un egipcio, que lo sorteó como si fuera una bola de nieve. Los sacerdotes de la diosa Osiris se apartaban las barbas postizas para rascarse el mentón. Llevaban horas vestidos y maquillados. Les picaba todo el cuerpo.

—¿Quién ha contratado a este figurante?

La que hacía la pregunta era Cleopatra, que finalmente consiguió mantener el equilibrio en lo alto de la escalinata. Tenía el rostro descompuesto y su mirada era como la de una leona en el momento de lanzarse sobre su presa.

El figurante que hacía de esclavo se llamaba Iván. Se había levantado a las cuatro de la mañana para acudir al rodaje. Pagaban bien y además se podía ver de cerca a las estrellas de cine. Eso fue lo que le dijo Elisa, su novia, para convencerlo. Elisa estaba también entre los figurantes. Pero su trabajo era más sencillo y de menos responsabilidad: únicamente tenía que levantar los brazos, cuando el director lo ordenara, y moverlos como si estuviera haciendo la ola en un campo de fútbol.

Habían empezado a rodar la secuencia a las nueve de la mañana y, a mediodía, aún no habían conseguido ni un solo plano bueno. A partir de la toma 15, la mayoría

de los figurantes perdió la cuenta. Unas veces la reina Cleopatra se olvidaba de sus frases; otras, las decía a destiempo, o daba más pasos de la cuenta y se salía del encuadre de la cámara, o miraba a donde no debía, o se le posaba una mosca en la nariz y empezaba a gritar como si fuera un escorpión.

—¡Esto no puede estar pasándome! —gritó el director mirando al cielo y elevando los brazos—. No puede ser. Estoy soñando, no es más que una pesadilla. Que alguien me diga que no está ocurriendo de verdad.

Sus lamentos fueron apagados por los gritos histéricos de Lina Cheyne, que interpretaba el papel de Cleopatra.

—¡Así no se puede trabajar! Estoy rodeada de inútiles.

El director se mordió el labio con tanta fuerza que comenzó a sangrar. Se llamaba Nelson Martínez y había salido de la Escuela de Cine hacía menos de un año. Jamás pensó que se le pudiera presentar tan pronto una oportunidad como aquella para dirigir una película; una gran superproducción como las de Hollywood: actores de primera categoría, grandes decorados, centenares de figurantes, todos los medios técnicos a su disposición. Pero el sueño empezó a desvanecerse el primer día de rodaje. Nada era como había imaginado.

—Todo el mundo a sus puestos —dijo el director a través del megáfono, después de que su ayudante resca-

tara el artefacto de los pies de un sacerdote egipcio—. Rodamos de nuevo. Y tú tápate esa horterada. No quiero que se vea ni un centímetro de la camiseta —le gritó al esclavo colchonero—. ¿Queda claro?

—Creo que me he torcido un tobillo —se quejó Iván desde el suelo, mientras trataba de cubrirse con la capa la camiseta del Atlético de Madrid.

—¿Cómo dices?

—Que me duele mucho el tobillo.

—Lo que faltaba —se desesperó el director—. Que alguien le ayude a levantarse. Y traedme a otro esclavo al que no le guste el fútbol.

—No fue culpa mía —se lamentó Iván sin elevar apenas la voz—. Ella se apoyó en mi hombro y me desequilibró. No pude hacer nada.

—¡Que se calle! ¡Que se calle! —gritó Lina Cheyne histérica—. Él es el único culpable. ¡Quitadlo de mi vista! Necesito un descanso, no puedo seguir rodando con tanta presión.

—¿Presión?, ¿qué presión? —se desesperó el director—. Yo soy quien trabaja bajo presión. Si no terminamos esta secuencia hoy, tu futuro esposo me va a colgar de los pulgares de los pies.

—Yo no tengo la culpa —respondió Lina Cheyne a la vez que se desprendía de su capa—. Necesito un descanso. Además, esta maldita lentilla me está destrozan-

do el ojo. No veo nada. Que alguien vaya al hotel y me traiga las lentillas nuevas.

El director se mordía las uñas de los cinco dedos de la mano a la vez.

Apareció entre los figurante una silueta que desentonaba con los vestidos egipcios, y empezó a subir las escalinatas. Era un hombre de escasa estatura, bien vestido, de unos cincuenta años. Llevaba un sombrero que le disimulaba la calvicie. Se llamaba Pierre Lafitte y era el productor de la película.

—¿Qué te ocurre, *chirri* querida? —preguntó el señor Lafitte cuando llegó a la altura de la protagonista de su película, que además era su prometida.

—¿No lo estás viendo? Que estoy rodeada de inútiles.

El señor Lafitte intentó cogerle la mano, pero ella lo rechazó con un gesto huraño.

—Tenemos que seguir rodando —le dijo el director a Pierre Lafitte—. Nos quedan apenas tres horas de buena luz. Se supone que estamos en Egipto, bajo un sol abrasador.

—¡Estoy harta! —gritó Cleopatra—. Llevamos todo el día repitiendo la misma escena. No lo soporto más.

—Pero el cine es así, *chirri* querida —intentó consolarla el productor—. Tú lo sabes muy bien. Eres una gran actriz. Además, vamos justos de tiempo. El rodaje

se está alargando más de lo previsto. Y cada día que nos pasamos me cuesta mucho dinero.

—Me da lo mismo. Yo no entiendo de esas cosas —insistió la actriz—. Tenías que haberlo pensado antes de rodearte de gente tan poco profesional.

Julio César había bajado de su carroza y aguardaba impaciente a los pies de la gran escalinata.

—¿Seguimos o no seguimos? Esa es la cuestión —dijo el general máximo de las legiones romanas con voz grave, como si estuviera recitando—. Me duelen las piernas de tanto subir y bajar de la carroza.

Cleopatra le lanzó una mirada con la que le habría gustado fulminarlo.

—Quítalo de mi vista —le dijo a su prometido sin levantar la voz ni mover los labios—. No soporto a ese actor de zarzuelas.

Pierre Lafitte miraba a un lado y a otro, nervioso, indeciso. Todo el equipo de rodaje esperaba alguna orden.

—Tienes que ser comprensiva, *chirri* querida.

Entonces, Lina Cheyne dejó los ojos en blanco, parpadeó y moduló su voz para alcanzar un tono convincente:

—No puedo más, conejito, estoy agotada. Llevo horas repitiendo la misma escena. Necesito descansar y hacer mis ejercicios de relajación. ¿Es tanto lo que te pido? Ya ves con qué poco me conformo.

Pierre Lafitte la abrazó cuando estaba a punto de desmayarse.

—Descansaremos media hora —le dijo al director—. Todavía tendremos luz para un último intento.

Nelson Martínez tenía en su puño todos los pelos que le faltaban en la cabeza. Los arrojó al suelo. Dio un resoplido y miró por última vez al cielo. Con resignación, dio la orden a través del megáfono.

—Descansamos media hora. Que nadie se despiste. Quiero que dentro de media hora todo el mundo esté en sus puestos. ¿Queda claro?

—Sí, queda clarísimo —dijo entre dientes Michael Head, el actor que encarnaba a Julio César—. Quien con aficionados se acuesta… meado se levanta.

Y después buscó con la mirada a la maquilladora para que le diera unos retoques.

La carpa de los figurantes estaba instalada cerca del gran plató que representaba la explanada del palacio de Alejandría. Era la primera vez que veían el mundo del cine desde dentro y estaban fascinados. Por eso no se quejaban de las horas de espera ni se sentían desencantados al comprobar que todo era de cartón y madera. Se encontraban allí desde antes del amanecer. Algunos padecían calambres de tanto levantar los brazos y mover-

los con entusiasmo al paso de la carroza. No eran más de doscientos figurantes: hombres, mujeres y niños. Sin embargo, cuando el director de figurantes les explicó lo que debían hacer, también les contó que en la pantalla se verían más de diez mil personas aclamando a Julio César.

—¿Cómo pueden hacer eso? —preguntó Cande Lumbreras en voz baja.

—Son efectos especiales de última generación —le respondió Eduardo—. Con un ordenador superpotente se puede hacer cualquier cosa.

Cande Lumbreras miró a su amigo. Si Eduardo lo decía, seguro que era verdad. Luego, el director de figurantes les explicó que la carroza que ahora arrastraban dos burros aparecería en pantalla tirada por dos enorme elefantes africanos. Aún estaba por determinar si eran machos o hembras.

—¿Y cuál es la diferencia entre el elefante macho y el elefante hembra? —preguntó de nuevo Cande Lumbreras en voz baja.

—Los colmillos —le apuntó Santiago Santín—. Las hembras no tienen colmillos.

—Estás equivocado —lo interrumpió Lucía—. Las hembras del elefante africano tienen colmillos.

—Sí, tienen colmillos —insistió Eduardo—. Tú te estás confundiendo con los elefantes indios.

—No me estoy confundiendo, listo —se defendió Santiago Santín.

El director de figurantes dio varias palmadas y pidió silencio. Los cuatro niños se sintieron observados por los demás.

—Sois unos *mañacos* —los reprendió Elisa, la hermana mayor de Cande Lumbreras—. No sé cómo os han aceptado si ni siquiera sabéis estar callados.

Mientras la actriz Lina Cheyne hacía los ejercicios de relajación en su caravana, los figurantes devoraban sus bocadillos y bebían refrescos bajo la carpa. El dueño de los burros les daba de comer a sus animales y les llenaba de agua unos enormes bidones. Los burros espantaban las moscas con el rabo y bebían sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Aunque estaba previsto que el rodaje de aquella escena no durase más de un día, todos tenían la sensación de que aquello no se iba a acabar nunca.

La idea de participar en el rodaje había sido de Elisa Lumbreras. Ella fue quien contó en casa lo que había oído por ahí. A Cande siempre le pareció que su hermana mayor tenía demasiados pájaros en la cabeza. Sin embargo, fue la propia Cande quien les contó a sus amigos lo que le había oído a su hermana: que necesitaban figurantes para la película que se estaba rodando en las afueras de la ciudad. Y Eduardo, que estaba atascado en

la redacción de su novela, pensó que aquella podría ser una buena oportunidad para cambiar el mundo de la literatura por el del cine. A Lucía le encantó la idea. Santiago Santín había oído que lo pagaban bien. Pensó que con aquel dinero podría comprar toda la colección de cómics de Armax. Pero ninguno de los tres pasaba de los diez años y les exigían ir acompañados de un adulto.

—El mundo está hecho para los mayores —se lamentó Santiago Santín—. ¡Qué asco!

—Se me está ocurriendo una idea —dijo Cande Lumbreras.

La niña se acarició la barbilla e hizo un gesto que le había visto muchas veces a su padre cuando estaba concentrado en la resolución de un caso.

—¿Vas a maquillarte para parecer mayor? —se burló Lucía.

—Mucho mejor que eso: voy a hablar con mi abuela.

A sus tres amigos se les iluminó el rostro. Sabían que, si la abuela se ponía de su parte, no había nada imposible.

Y era cierto. Para la abuela Matilde la palabra *imposible* no existía. A sus setenta años tenía una energía inagotable. Pintaba, viajaba, cuidaba de sus dos mastines, de los periquitos, de la cacatúa, de los conejos, de las gallinas y de su loro, Capitán Flint. Además, el cine era su gran pasión.

La abuela Matilde era la que mejor aguantaba los parones y las esperas en el rodaje. Los niños, por el contrario, no hacían más que quejarse. Aquello no se parecía a lo que habían imaginado. La abuela le echó un vistazo al tobillo de Iván y le dijo a Elisa que lo mejor sería que lo viera un médico.

—Pero no podemos irnos ahora —respondió la nieta—. Tenemos que estar en el rodaje en media hora. Además, tampoco le duele tanto. ¿Verdad que ya casi no te duele?

—Bueno, me duele un poco —se lamentó Iván.

—Eres un quejica. Cuando terminemos, vamos a casa y mi madre te pone una pomada.

Iván estaba avergonzado por su caída. Le había tomado una enorme manía a Lina Cheyne. Además, vista de cerca, no le parecía tan guapa como en las revistas: llevaba toneladas de maquillaje y tenía un carácter de mil demonios. Menuda decepción.

Por el contrario, a Elisa Lumbreras nada de aquello parecía importarle. Lina Cheyne era elegante, distinguida, tenía glamur y salía en todos los programas del corazón. Jamás pensó Elisa que se le presentaría una oportunidad como aquella para codearse con una gran estrella de cine. Por eso se compró una libreta especial y le puso pilas nuevas a la cámara de fotos: quería conseguir autógrafos de los actores y hacerse fotos con ellos.

Pero sufrió una gran decepción: los figurantes y los actores estaban separados por una barrera casi infranqueable. Cande Lumbreras decidió echarle una mano a su hermana y, a la vez, demostrarle que a pesar de su edad era capaz de hacer cosas que a Elisa le resultaban inalcanzables.

—Dame esa libreta —le dijo Cande.

—¿Para qué la quieres?

—Para demostrarte que no eres tan lista.

—¿Qué vas a hacer?

—Conseguirte esas firmas.

Elisa le devolvió una sonrisa burlona a su hermana.

—Anda ya…

Cande Lumbreras le quitó la libreta de las manos y se perdió entre los focos, los cables y los técnicos que iban de un sitio a otro. Pero, al llegar a las caravanas donde se vestían y maquillaban los actores, se dio cuenta de que no iba a ser tan fácil acercarse a ellos. Había guardias de seguridad por todas partes. Lo intentó un par de veces, pero en las dos ocasiones la sorprendieron y tuvo que volver sobre sus pasos. Finalmente vio un rostro que le resultaba conocido y se acercó con cara de niña buena. Era una chica de poco más de veinte años, guapa, que caminaba con elegancia entre los cachivaches que invadían el plató al aire libre. Se puso delante de ella y le tendió la libreta.

—¿Podría firmarme un autógrafo, si es tan amable?

La chica cogió la libreta y el papel como si fuera lo más natural del mundo y dibujó un rayajo ilegible. Luego, se la devolvió.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó tímidamente Cande Lumbreras.

—Marina Marimón.

—¿Y qué papel hace en la película?

—¿En la película? Yo no hago ningún papel en la película. Soy la maquilladora.

—Ah, perdone, la confundí con una actriz —dijo, apurada, Cande Lumbreras.

La maquilladora se conmovió al ver que la niña se ruborizaba.

—¿Y qué más da? Ahí tienes una firma. Además, se parece mucho a la de Lina Cheyne. Nadie se dará cuenta.

Cande Lumbreras hizo un gesto afirmativo, incapaz de responder.

Cuando le devolvió la libreta a su hermana, le aseguró que era la firma de Lina Cheyne. «Seguramente es más bonita que la de la actriz», pensó.

—Cada uno a su puesto —gritó el director de figurantes—. Rodamos en cinco minutos. Las pelucas derechas, las ropas bien puestas… No quiero que se vean relojes ni pulseras ni collares ni… camisetas del At-lé-ti-co-de-Ma-drid —dijo con sorna, mirando a Iván.

El chico se ruborizó. Se sintió abochornado. Estaba deseando marcharse de allí.

—Vamos, niños, ya lo habéis oído —dijo la abuela Matilde.

—¡Qué rollo! —se lamentó Cande Lumbreras—. Esto no se acaba nunca.

—Te recuerdo que fuiste tú quien insistió para que hablara con vuestros padres y los convenciera para que os dieran permiso.

—Lo sé, abuela, pero no imaginaba que fuera tan pesado.

La abuela Matilde repasó el vestuario de los chicos. Elisa sacó del bolsillo un espejito y se arregló el peinado, el cuello de su disfraz, los pliegues. Parecía una auténtica estrella.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Iván.

—Tú te esperas aquí —le ordenó Elisa—. ¿No dices que te duele?

—Es que si no salgo, no me pagarán.

—Bueno y qué más da. Lo importante es…

Elisa Lumbreras no terminó la frase. Iván no la estaba escuchando. Al otro lado de la valla de separación se arremolinaba mucha gente. En pocos segundos se organizó un pequeño revuelo. La gente del equipo gritaba y corría de un sitio a otro. Era difícil entenderse en medio de la confusión. Los guardias de seguridad habla-

ban atropelladamente por sus receptores y trataban de oír lo que les respondían a través de los pinganillos que llevaban encajados en las orejas.

Sin que nadie supiera cómo, las vallas de protección desaparecieron y los figurantes se mezclaron con el resto del equipo. Eduardo les hizo una señal a sus amigos:

—Vamos, es allí, en la caravana de Cleopatra.

—¡El collar! ¡Han robado el collar!

Era una voz de mujer que se repetía como si la llevara el eco de un sitio a otro.

Cuando los figurantes llegaron a la caravana de Lina Cheyne, no sabían si la escena era real o si se trataba de una secuencia de la película.

Cleopatra, abrazada a su prometido, estaba muy pálida y gemía con unos grititos que superaban cualquier actuación. De repente se desmayó. A su alrededor estaban el director, el cámara, los electricistas... Pierre Lafitte trataba de reanimarla. Por fin, la actriz abrió los ojos. Sus pupilas daban vueltas como una lavadora.

—No te preocupes, *chirri* querida. Lo importante es que a ti no te haya pasado nada.

—¡Oh, el collar, el collar! —repetía la actriz—. Han robado el collar.

El director de la película tenía las manos en la cabeza, sin atreverse a tirar de los escasos pelos que le quedaban.

—Lo encontraremos, *chirri*. Removeré cielo y tierra hasta meter en la cárcel a esos delincuentes —y luego gritó—: ¡Que nadie salga del plató! Cierren todos los accesos. Cacheen a todo el mundo. ¡Llamen a la policíííííííía!